

LA REBELIÓN DE LOS LUDITAS

(Un centenario olvidado 1812-2012)



RENAN VEGA CANTOR

“Hasta qué punto puede felicitarse la humanidad por la multiplicación increíble de estas máquinas, que colocan una fuerza ciega e insensible en el lugar de los brazos del hombre, y que deja al sorprendido trabajador sin el oficio con que sus antecesores se alimentaron”.

Journal des Débats, septiembre 12 de 1817, citado por Frank E. Manuel, “El movimiento luddita en Francia”, en Frank E. Manuel et al., *Máquina maldita. Contribuciones para una historia del ludismo*, Alikornio Ediciones, Barcelona, 2002, p. 59.

“Ned Ludd quedó relegado al olvido, en un pacto de silencio que los explotados aceptaron por sobrevivencia. Tras años de luchas intensas, donde quedaron 1.100 máquinas destruidas, seis fábricas quemadas, 15 luditas muertos, 13 confinados en Australia y 14 ahorcados, ¿Qué nos queda?... Cada 1º de mayo se recuerda a los mártires de Chicago, pero muy pocos se acuerdan de James Towle, el último destructor de máquinas colgado en 1816, quien se enfrentó a la muerte entonando un himno luddita. El enorme cortejo fúnebre que lo acompañó terminó de cantar las estrofas que no alcanzó el finado. Hoy, algunos retomamos los trozos del rompecabezas e intentamos hacerlos dialogar con el presente y el futuro, en el mero hecho de recordar a contracorriente”.

Cristóbal Cornejo, Bicentenario de Ned Ludd: Recordando a los destructores de máquinas, en www.elciudadano.cl/.../bicentenario-de-ned-ludd-recordand

LAS diversas formas de expropiación impulsadas por el capitalismo a lo largo de su existencia han generado variados tipos de rebelión y resistencia, que constituyen la otra cara de la moneda del progreso técnico, ya que representan la acción de los “vencidos”, cuya memoria debe ser recordada de acuerdo al precepto de Walter Benjamin: “No pedimos a quienes vendrán después de nosotros la gratitud por nuestras victorias sino la rememoración de nuestras derrotas. Ése es el consuelo: el único que se da a quienes ya no tienen esperanza de recibirlo”.¹

El origen de esas luchas se encuentra en que, como lo dice José Saramago: “Una persona no es como una cosa que se deja en un sitio y allí se queda, una persona se mueve, piensa, pregunta, duda, investiga, quiere saber, y si es verdad que, forzada por el hábito de la conformidad, acaba, más tarde o más pronto, pareciendo sometida a los objetos, no se crea que tal sometimiento es, en todos los casos, definitivo”. Los seres humanos somos, “apartes de sujetos de un hacer, también sujetos de un pensar”.²

Una de las primeras formas de lucha contra el capitalismo fue desarrollada en Inglaterra entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX por los luditas. Sobre este extraordinario movimiento se ha erigido un verdadero obstáculo epistemológico que ha impedido conocerlo a fondo, regido por el determinismo técnico que impuso el capitalismo y el cual lleva a que se repita, sin ningún fundamento, que los luditas eran retrógrados, se oponían al progreso y la modernización y eran enemigos de los avances de la técnica y de la ciencia.

En este ensayo, basándonos en importantes investigaciones históricas, reconstruimos de manera general la lucha de los luditas, y su

¹ Walter Benjamin, citado por Michael Löwy, *Walter Benjamin: aviso de incendio*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005, p. 135.

² José Saramago, *La caverna*, Ediciones Alfaguara, Madrid, 2001, pp. 396-397.

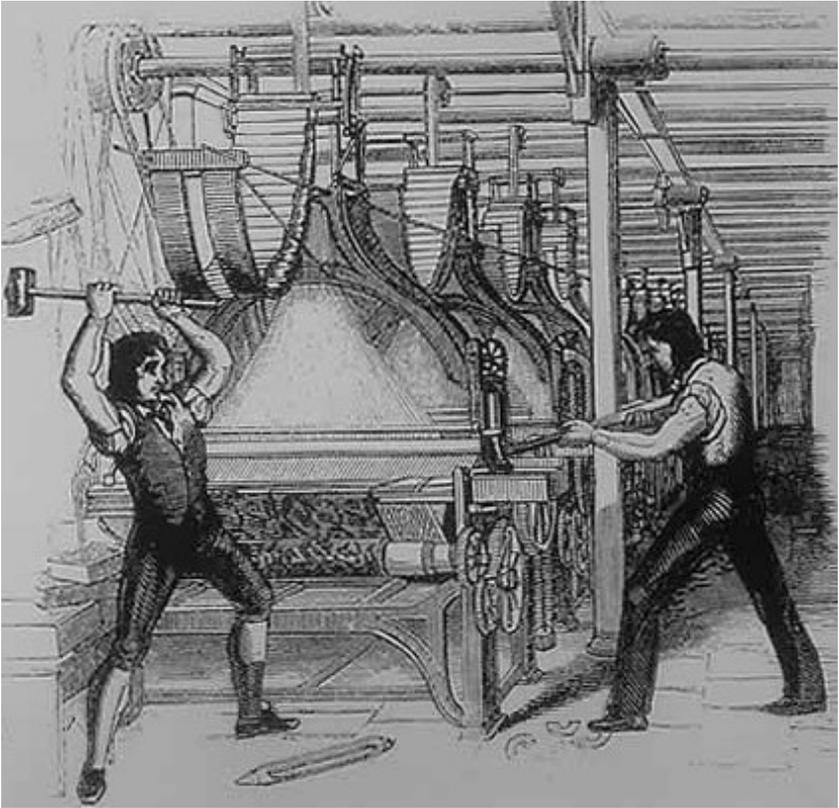
sentido para el mundo actual, y de paso recordamos un bicentenario casi olvidado en la historia del movimiento obrero y revolucionario del mundo, porque en 1812 se presentaron las más importantes sublevaciones de los luditas en Inglaterra y dos siglos después sus banderas, aunque nadie lo reconozca, siguen siendo de una extraordinaria actualidad, ante las catástrofes tecnológicas generadas por el capitalismo.

Los destructores de máquinas y los luditas

A los luditas se les suele catalogar como destructores de máquinas, una denominación peyorativa que se ha usado desde hace dos siglos para desprestigiar el sentido de su lucha y también de todos aquellos que después, hasta el día de hoy, se han planteado otro tipo de relación con las tecnologías. Esta apreciación en términos históricos es bastante imprecisa, puesto que antes de los luditas existieron destructores de máquinas, con varias décadas de anticipación, e incluso siglos. En efecto, se tiene información verídica de que, tanto en Inglaterra como en Francia, desde antes de la consolidación del capitalismo y cuando se introducían los primeros artefactos técnicos, los trabajadores de aquellos ramos productivos afectados en forma directa por las “innovaciones”, las atacaron y destruyeron.

En 1511, en la ciudad de Burdeos, Francia, se produjo la que se considera como la primera destrucción de máquinas, cuando unos trabajadores que cavaban una zanja para fortalecer la nave de la Catedral hicieron una huelga en la que rompieron una bomba que sacaba el agua del foso, porque no les reconocieron su exigencia de mejorar los jornales. En Inglaterra se atacaron la maquinas entre 1663 y 1831 como un mecanismo para exigir negociaciones colectivas. Esos ataques pretendían proteger a los trabajadores respecto a la disminución de los salarios y el alza de precios y mantener su nivel de subsistencia contra las amenazas que generaban las máquinas. Como destructores de máquinas sobresalieron los mineros, que quemaron las grúas y otros instrumentos de trabajo en varias ocasiones durante el siglo XVIII. Algo similar hicieron los tejedores durante la segunda mitad de ese mismo siglo al destruir en reiteradas ocasiones los telares. En 1758, cuando en Inglaterra se introdujo la máquina de esqui-

lar, que dejó sin trabajo a muchos obreros, se presentaron rebeliones que terminaron con la destrucción de los talleres en que antes trabajaban.³



Todas estas acciones de destrucción de máquinas apuntaban a defender los oficios y a reclamar mejores salarios. Durante el período 1750-1850, los artesanos de los oficios cualificados, que se realizaban en los talleres, defendieron su posición social y su bienestar,

³ George Rudé, *la multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1979, pp. 73 y ss. . Frank E. Manuel, “El movimiento luddita en Francia”, en Frank E. Manuel et al., *Maquina maldita. Contribuciones para una historia del luddismo*, Alikornio Ediciones, Barcelona, 2002, p. 56, nota 3.

porque contaban con importantes tradiciones y con saberes específicos, lo cual les proporcionaba algún tipo de protección en el mercado de trabajo.⁴ A partir de esa experiencia acumulada durante siglos, los primeros obreros, que provenían del artesanado, exigían cierto grado de control sobre el aprendizaje. Esto tenía que ver con el intento de proteger sus expectativas tradicionales en cuanto a ingresos y métodos de trabajo, insistiendo en que se debían cumplir los procedimientos laborales acostumbrados. “Con este fin empleaban diversos mecanismos que incluían el secreto, el ritual, la intimidación e incluso la violencia en su intento de mantener la regulación autónoma del trabajo por parte de la fuerza de trabajo, o lo que se conoce como control de los obreros”.⁵

Entre los mineros del carbón también se organizaron Uniones laborales que defendían sus derechos, entre ellos una restricción al trabajo impuesta por ellos mismos, que no permitiese al dueño de la mina beneficiarse por la competencia incontrolada entre los picadores. La Unión aseguraba que los trabajadores no fuesen considerados como peones, es decir, individuos que podían ser fácilmente sustituidos por trabajadores sin ninguna especialización. Para la Unión, el picador era un trabajador especializado, porque había pasado por un período de aprendizaje y contaba con habilidades adquiridas con esfuerzo para seleccionar y obtener carbón de buena calidad y por eso aspiraba a ejercer algún control sobre sus propios procesos de trabajo y se le reconociera una remuneración adecuada para preservar su bienestar.⁶ Para darse cuenta de lo que los artesanos entendían por independencia y defensa de su propio saber, resulta ilustrativo el caso de los forjadores en Inglaterra, que defendían una tradición autodidacta y de estricto cumplimiento de las normas de las sociedades artesanas, en las cuales se dictaban pautas sobre horarios de trabajo y se fijaban los salarios, prohibiendo retribuciones inferiores a 7 chelines diarios.⁷

⁴ John Rule, *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*, Editorial Crítica, Barcelona, 1990, p. 17.

⁵ *Ibíd.*, p. 470.

⁶ *Ibíd.*, p. 455.

⁷ Maxine Berg, *La era de las manufacturas*, Editorial Crítica, Barcelona, 1992, p. 300.

En síntesis, antes de los luditas existieron dos tipos de destructores de máquinas. El primer tipo atacaba las máquinas para presionar a los patronos con el fin de obtener un mejoramiento en sus condiciones de trabajo y de vida. Esta acciones se presentaron en Inglaterra desde mediados del siglo XVIII, antes incluso de la introducción de la maquina a vapor, que simbolizaba a la revolución industrial. Además, no atacaban solamente las máquinas sino también a las materias primas, a los productos terminados y hasta las propiedades individuales de los patronos.

El segundo tipo es el más vilipendiado, porque apuntaba a destruir la máquina como objetivo prioritario. Ese ataque se originaba en los sentimientos de rechazo, por parte de los trabajadores y de sus comunidades, contra el instrumento que los desplazaba del trabajo. Eran las ocasiones en que se catalogaba a las máquinas como “instrumento del diablo”, “bestia terrible”, “monstruo de hierro”, “instrumento maldito”, “tirano vapor”, “engendro del infierno” o “bruja maldita”. Los trabajadores buscaban evitar el desempleo y mantener su nivel de vida, lo cual incluía factores no monetarios (la dignidad y la libertad) como salariales. En este sentido, “no objetaban la máquina como tal, sino cualquier cosa que supusiera una amenaza contra ese nivel de vida; sobre todo objetaba el cambio global de las relaciones sociales de producción que los amenazaba”. En este caso se buscaba controlar el mercado de trabajo y se rechazaba todo aquello que amenazara con degradar las categorías profesionales.⁸ En concordancia, las revueltas de los destructores de máquinas tuvieron unas connotaciones



⁸ Eric Hobsbawm, *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pp. 16 y ss.

especiales de dignidad y de respeto por sí mismos:

No son igualitarios rurales, aceptan el orden establecido de la sociedad provinciana y sus expectativas son extraordinariamente mínimas: una ligera mejora del salario, la destrucción de la maquinaria, la oportunidad de trabajar aunque preservando su dignidad. Acuden a su tarea de revuelta de forma educada, vestidos con sus mejores galas... pocas veces utilizan el lenguaje amenazador... Es la revuelta de la dignidad, tienen conciencia de sus propios derechos y saben que no están haciendo nada que sus padres no hubiesen hecho.⁹

El levantamiento de los luditas

El nombre de los luditas al parecer provenía de un artesano llamado Ned Luddlam, un aprendiz de tejedor de medias en Leicester que rompió a martillazos el telar de su maestro en 1779. Como forma de rendir honor a este gesto, los líderes anónimos que organizaron las protestas de 1811 adoptaron el nombre de Capitán Ludd y continuamente firmaban sus misivas amenazantes y/o burlonas con otras denominaciones derivadas como Rey Ludd, Señorita Ludd, General Justicia y nombres similares. En sentido estricto se les dio el nombre de luditas a los trabajadores que participaron en el movimiento de protesta que se inició el 12 de abril de 1811, cuando unos trescientos hombres, mujeres y niños atacaron una fábrica de hilados en Nottinghamshire, destruyeron los telares a mazazos y prendieron fuego a sus instalaciones. El dueño de la fábrica era William Cartwright, que producía textiles de mala calidad y usaba nueva maquinaria. A partir de ese momento y hasta 1812 se presentaron ataques en cinco condados, ubicados en el epicentro de la Revolución Industrial en Gran Bretaña: Yorkshire, Lancashire, Cheshire, Derbyshire y Nottinghamshire.

El movimiento ludita se basaba en las pequeñas comunidades locales y no en estructuras sociales que hubieran emergido en las nacientes ciudades industriales. La base social de los saboteadores luditas estaba inmersa en un marco de relaciones personales y de parentesco

⁹ Citado en J. Rule, op. cit., pp. 519-520.

que se habían configurado en el ámbito de una cultura artesanal y de pequeñas comunidades campesinas, proporcionando “el camuflaje necesario a las bandas guerrilleras altamente disciplinadas, que se movían de un pueblo a otro por la noche, y que caracterizaron el luddismo...”.¹⁰ Los luditas se comunicaban en forma secreta pero efectiva, hacían juramentos a escondidas, pintaban consignas en las paredes e inventaban himnos de guerra contra los capitalistas. Uno de ellos decía:

*“Ella tiene un brazo
Y aunque sólo tiene uno
Hay magia en ese brazo único
Que crucifica a millones
Destruyamos al Rey Vapor,
el Salvaje Moloch.
Noche tras noche,
cuando todo está quieto
Y la luna ya ha cruzado la colina
Marchamos a hacer nuestra voluntad
¡Con hacha, piedra y fusil. Deténgala quien se atreva, de-
téntala quien pueda/ Adelante los hombre gallardos/ ¡Con
hacha, pica y fusil!”*¹¹

La rebelión de los luditas no tenía líderes visibles, ni organización centralizada, ni libros de referencia, y sus participantes sólo querían discutir como iguales con los patronos para cambiar el sentido del proceso de industrialización. Aunque esa sublevación pareciera espontánea se había estado labrando durante mucho tiempo, o, más exactamente, se había ido incubando durante varias generaciones, que les habían heredado un legado de maltrato y de resistencia. Este entramado social representaba la mecha de la rebelión, mecha que para ser encendida requería de una chispa circunstancial, y esa chispa se produjo después de 1810, cuando confluyeron la pérdida de

¹⁰ M. Berg, op. cit., p. 285.

¹¹ Christian Ferrer, “Los destructores de máquinas. En homenaje a los luditas”, en Cabezas de Tormenta. Ensayos sobre lo ingobernable, Editorial Anarres, Buenos Aires, p. 85.

mercados para Inglaterra por las guerras internacionales y por el acuerdo que se estableció entre industriales y comerciantes de productos textiles para que estos últimos no se los compraran a los talleres de la pequeñas aldeas textiles. En medio de esta situación se restringieron las libertades políticas, so pretexto de la guerra, y se prohibió a los tejedores que emigraran, aunque se murieran de hambre. El contexto en el que se originaron las protestas luditas era particularmente grave para los trabajadores y sus familias porque en el comercio internacional Inglaterra se vio afectada por el cierre del intercambio con Estados Unidos y por las guerras contra Napoleón. Esto, aparejado con las malas cosechas, elevó el precio del trigo, lo cual repercutió en forma directa en la depreciación salarial, ya que el pan era el componente básico de la dieta de los obreros y al comprarlo se gastaba una parte considerable de su salario. Todo esto no era nuevo sino la profundización de unas severas condiciones de hambre e injusticia, que venían asolando a los trabajadores ingleses desde hacía varias décadas.

En este ambiente se tornó crucial el asunto del monto de los salarios, cuyo aumento exigían los trabajadores del sector textil, porque para no pagarlos se contrataba a trabajadores menos calificados y se producían objetos de menor calidad. Ante tan adversas condiciones, un grupo de trabajadores decidió atacar a las fábricas que utilizaban telares más sofisticados. Fue en ese momento cuando aparecieron misivas de este tenor:

“Caballeros. Ned Ludd os saluda y espera que donareis una insignificancia para sostener su Ejército, ya que él conoce bien el arte de romper telares odiosos. Si vosotros aceptáis esto, bien estará y si no, os visitaré personalmente. Edward Ludd”.¹²

La lucha de los trabajadores luditas asumió varias formas: envío de cartas amenazadoras contra los patronos, destrucción de máquinas, ataque a los esquiroles, humillación ritual a los trabajadores desleales y a veces ataques a patronos recalcitrantes.¹³ Los trabajadores se organizaron para denunciar, sin avergonzarse, “el tipo de progreso

¹² G. Rude, op. cit., p. 88.

¹³ J. Rule, op. cit., p. 380.

que suponía el despido, el aumento del ritmo de trabajo y la pérdida de libertad. Ponían de manifiesto la realidad de la tecnología, desafiaban su utilización, pedían una distribución equitativa de los beneficios, si es que había, y buscaban un mayor control sobre la dirección del desarrollo tecnológico en sí mismo”.¹⁴ La acción de los luditas se dirigía contra el empleador para obligarlo a hacer concesiones y contra la máquina propiamente dicha. De acuerdo a esto: romper máquinas servía para movilizar a gente con diferentes preocupaciones inmediatas en regiones geográficas distintas, integradas en diferentes sindicatos. Dio coherencia al movimiento, estimuló lealtades para unificar estrategias mediante la identificación con unas pocas figuras míticas (general Ludd y Capitán Swing) y dio a los trabajadores un sentido de solidaridad que magnificó su poder tanto a sus propios ojos como a los de sus contemporáneos, incluidos sus enemigos. Destruir máquinas no fue lo único que hizo el movimiento, pero sin duda fue lo principal y el éxito de esa estrategia es evidente. Más que actos aislados de resistencia, pronto olvidados, allí surgió un movimiento de grandes proporciones que aún hoy se recuerda.¹⁵

Los artesanos no se oponían a las máquinas por lo que representarían como innovación tecnológica, sino porque con las mismas se fabricaban productos de mala calidad que desprestigiaban los oficios. De esta forma, se ponía de presente el orgullo personal de los artesanos respecto a su propia labor y saber, pues no querían que se deshonrasen los oficios con productos de mala calidad y empleando a trabajadores no cualificados.¹⁶ La destrucción de máquinas por parte de los luditas no era indiscriminada, sino muy selectiva, porque se apuntaba a aquellas fábricas cuyas máquinas habían contribuido a abaratar los precios de las telas o cuando éstas eran de tan mala calidad que se rompían.¹⁷ Los luditas rechazaban el cambio que se les imponía a nombre del “progreso técnico” que implicaba que desapa-

¹⁴ David Noble, Una división diferente del progreso. En defensa del Luddismo, Alikornio Ediciones, Barcelona, 2000, p. 13.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 16.

¹⁶ Edward Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra, Tomo II, Editorial Crítica, Barcelona, 1989, p. 104.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 105.

recieran sus talleres y sus formas de producción artesanales y fueran reemplazados por poderosas máquinas, localizadas en grandes fábricas.



Los luditas eran organizados, atacaban en bandas unidas, contaban con el apoyo de la población local e incluso de pequeños propietarios de telares que aceptaban su destrucción porque no querían depender de los comerciantes que les alquilaban esos telares. Los luditas se tiznaban la cara, atacaban de noche y difundían juramentos de lealtad a su mítico dirigente imaginario, Ned Ludd. El general Ludd, el general justicia, se presentaba como “amigo de los pobres y de los afligidos, enemigo del poder de los opresores” y jefe del Ejército de Reparadores.¹⁸

Entre 1811 y 1816 los luditas destruyeron unas 1.200 máquinas, con la finalidad de presionar a los patronos para que mejoraran los salarios y dignificaran las condiciones del empleo, porque la destrucción de máquinas no era una acción irracional e insensata sino que era emprendida cuando las negociaciones normales y pacíficas no daban los resultados que beneficiaban a los obreros.

¹⁸ *Ibíd.*, 132

La primera y más importante oleada de ludismo, entre 1811 y 1812, fue derrotada por varias razones: los patronos aumentaron los sueldos en algunos condados, lo que puede considerarse como un éxito parcial de los luditas; la represión a vasta escala, con tropas y con delatores que se infiltraron en diversos grupos de luditas; y la aprobación de una legislación que convertía la destrucción de máquinas en un delito capital. Al final la acción ludita se saldó con una fuerte represión, seis fábricas quemadas, quince luditas muertos, trece enviados a prisión a Australia y catorce ahorcados.

El movimiento adquirió tal magnitud que el Estado inglés armó un ejército compuesto por 12 mil soldados para perseguir a los luditas, cifra significativa porque en plena época de las guerras napoleónicas, la tropa inglesa que participó en las batallas en Europa era de unos 10 mil hombres. Esto indicaba el terror que entre las clases dominantes de Inglaterra despertaron los luditas y la feroz represión que contra ellos se organizó. Como los luditas no sólo estaban protegidos por la gente pobre y trabajadora sino que formaban parte entrañable de ella, la represión se vio obligada a utilizar soplones, espías e infiltrados para penetrar en el movimiento, algo revelador de la importancia que se le daba a esa tarea porque hasta ese momento esas tácticas sólo se usaban en caso de guerra externa. Para darse cuenta de lo que se pensaba sobre el ludismo en los círculos de las clases dominantes de Inglaterra, en el Registro Anual de 1812 se decía que aquél tenía “un carácter de audacia y ferocidad, (...) sin precedentes entre las clases bajas en este país”.¹⁹

El 17 de febrero de 1812 fue aprobada en el Parlamento inglés la pena de muerte a las personas que destruyeran cualquier telar de calcetería o encaje. La aprobación de esa disposición fue rápida y sólo contó con la oposición del poeta Lord Byron, que en la única vez que hizo presencia en la Cámara de los Lores pronunció un discurso memorable en defensa de los luditas y en oposición a la implantación de la pena de muerte contra los destructores de máquinas. El discurso de Byron es lo único que se recuerda de esa infame jor-

¹⁹ Citado en Patricia de la Fuente López, Los Luditas y la tecnología: lecciones del pasado para el presente, en aafi.filosofia.net/publicaciones/el_buho/.../luditas.htm

pánico y emplear chivos expiatorios para alertar a los trabajadores sobre lo que el capitalismo estaba dispuesto a hacerles a todos aquellos que atacaran a la sagrada propiedad privada en cualesquiera de sus expresiones (tierras, fábricas, maquinas, materias primas, mercancías producidas...) La horca se usa para denigrar a las personas, no sólo por el hecho de colgarla y matarla, sino para escarmentar a la gente con la idea que de esa forma cruel se mata, legalmente, a todos aquellos que son considerados como la hez de la sociedad, a los peores criminales, y los peores para el capitalismo, no hay duda, son aquellos que se atreven a levantarse contra la propiedad privada, en este caso materializada en un instrumento mecánico. Este era el contenido principal del código sangriento que se aplicó contra los luditas, en diversas ocasiones después de 1812. Así murió, ahorcado, James Towle en 1816, el último “destructor de máquinas” a quien se le quebró la nuca. Cayó por el pozo de la horca gritando un himno luddita hasta que sus cuerdas vocales se cerraron en un solo nudo. Un cortejo fúnebre de tres mil personas entonó el final del himno en su lugar, a capella. Tres años antes, en catorce cadalsos alineados se habían balanceado otros tantos acusados de practicar el “ludismo”, apodo de un nuevo crimen recientemente legalizado.²¹

Por supuesto, el capitalismo quería aplastar la sublevación popular recurriendo a la represión bestial y ejemplarizante, pero también buscaba impedir que los trabajadores se organizaran para enfrentar la dominación del capital y por ello la horca se usó para contrarrestar la radicalidad que habían mostrado los luditas. Como lo preguntó el poeta Lord Byron:

¿No hay suficientes penas capitales en los códigos, no hay también demasiada sangre en el código penal, como para que se vierta más y ascienda al cielo y testifique contra ustedes? ¿Cómo se va a hacer efectivo el proyecto de ley; quieren poner a todo el país en la cárcel, van a erigir una horca en cada campo y colgar hombres como si fueran espantapájaros?.²²

Como para mostrar su solidaridad con los trabajadores perseguidos,

²¹ Christian Ferrer, op. cit., p. 81.

²² “Discurso de Lord Byron en la Cámara de los Lores contra la pena de muerte por romper maquinaria”, en D. Noble, op. cit., Apéndice 1, pp. 111-112.

poco antes de abandonar Inglaterra, Lord Byron publicó unos versos que terminaban con estas palabras:

*Como los compañeros de la Libertad allende el mar
Compraron su libertad, barata, con su sangre,
Así haremos nosotros, muchachos. Vamos
A morir peleando, o a vivir libres al fin.
¡Y que caigan todos los reyes, menos el Rey Ludd!*²³

LA A REBELIÓN DEL CAPITÁN SWING O EL LUDISMO AGRARIO

Existió una segunda oleada de ludismo a comienzos de la década de 1830, cuyo epicentro se encontraba en algunas áreas rurales, particularidad que lo diferencia de la primera oleada de ludismo. Esos disturbios agrarios, en los que se destacó la destrucción de máquinas, estuvieron signados en el contexto internacional por la revolución de julio de 1830 en Francia, de la que se tuvieron noticias en Inglaterra con respecto a los héroes de las barricadas que defendían la justicia luchando contra sus opresores. En el plano interno sobresalía la negativa de los arrendatarios capitalistas de pagar mejores salarios y, sobre todo, la introducción de máquinas trilladoras en las labores agrícolas, que desplazaban a gran parte de los trabajadores. En el fondo, se estaba transformando el campo inglés porque se estaba dando el tránsito de una sociedad tradicional y paternalista a otra en la que entraron a predominar las relaciones salariales. Dicho en forma lapidaria:

“La Inglaterra agrícola del siglo XIX ofrecía al visitante curioso un espectáculo singular y sorprendente: no tenía campesinos”.²⁴ Por esto, detrás de las exigencias que van a exhibir los trabajadores rurales (mejores salarios, condiciones dignas de empleo y cierta seguridad social) se encontraba un objetivo de amplio alcance, como era el

²³ Thomas Pynchon, ¿Está bien ser un luddita?, en [www.revista artefacto.com.ar](http://www.revista.artefacto.com.ar)

²⁴ Eric Hobsbawm y George Rudé, Revolución industrial y revuelta agraria. El Capitán Swing, Siglo XXI Editores, Madrid, 1978, C. p. 23.

defender los derechos consuetudinarios de los pobres del campo como ingleses libres y “la restauración del orden social estable que hasta entonces, o al menos así aparecía en una visión retrospectiva, los había protegido”.²⁵ Este hecho generó solidaridad de parte de otros sectores rurales, como algunos arrendatarios, que hizo que el “levantamiento de 1830” fuera el “mayor episodio de destrucción de máquinas de la historia inglesa –y sin duda el más exitoso- a causa de que los revoltosos no necesitaron romper las trilladoras por la fuerza... Su ludismo no sólo fue tolerado sino que en muchos casos fue verdaderamente bien recibido”.²⁶

Los pobres rurales habían sido despojados de sus tierras, perdieron los escasos derechos y las poca seguridad que el viejo orden les proporcionaba y ni siquiera obtuvieron los derechos formales que el capitalismo les ofrecía a los trabajadores



urbanos. En suma, esos pobres se insurreccionaron para restaurar sus derechos. Ahora bien, lo que unía a esos pobres rurales era el odio a las máquinas, porque les quitaban el trabajo a los hombres, sobre todo en invierno, cuando no había otra cosa que hacer.

La primera máquina trilladora fue destruida el 28 de agosto de 1830, en las horas de la noche. Fue el comienzo de una lucha de los pobres jornaleros del campo que durante varios meses recurrieron a los incendios deliberados, el envío de cartas amenazantes (firmadas por Swing), utilización de volantes y carteles para mostrar sus demandas, a organizar reuniones para pedir el aumento de salarios, a atacar a jueces, párrocos y terratenientes, a organizar asambleas en las que los rebeldes exigían dinero y provisiones o solicitaban una reducción de los diezmos e impuestos. Pero detrás de todo este cúmulo de actividades multiformes existían dos objetivos básicos: alcanzar un salario vital mínimo y acabar con el desempleo rural. En octubre de

²⁵ *Ibíd.*, p. 17

²⁶ *Ibíd.*, p. 17.

1831 grupos de trabajadores destruyeron máquinas trilladoras que encontraban a su paso. Eran motines de los trabajadores del campo, que organizados en grupos planeaban cuáles trilladoras se iban a destruir. Los rumores que se difundieron en forma rápida alentaron a otros trabajadores a seguir el ejemplo. Estos grupos se presentaban liderados por un Capitán Swing, tan mítico como su antecesor de 20 años antes, Ned Ludd. La fuerza principal del movimiento eran los artesanos rurales.

Desde luego, el rasgo característico fue la destrucción de maquinaria agrícola, en la que se incluían las trilladoras, arados de hierro, cosechadoras y segadoras, aunque el símbolo por excelencia de la injusticia era la trilladora y por tanto el principal blanco de sus ataques.²⁷ Esto quedaba claro en mensajes amenazantes de este tono:

*“Esta carta es para advertiros que si vuestras trilladoras no son destruidas por vos mismo, nosotros pondremos manos a la obra. Firmado en nombre de todos. Swing”.*²⁸

La represión se ensañó contra los hijos del Capitán Swing: 19 fueron ahorcados, 644 fueron condenados a largas penas de prisión, 505 fueron enviados a colonias penitenciarias en Australia, por lapsos entre 7 y 14 años de condena. “Fue el mayor contingente de prisioneros que se deportó nunca desde Inglaterra por un crimen común, lo cual pone en evidencia la gravedad que el delito de los trabajadores tenía ante los ojos del gobierno y los magistrados”.²⁹

¿Cuáles fueron los efectos de la rebelión del Capitán Swing? El más evidente radicó en que después, durante muchas décadas, la trilladora dejó de usarse a gran escala. “De todos los movimientos de los destructores de máquinas del siglo XIX, el de los indefensos y desorganizados trabajadores agrícolas demostró ser, con mucho, el más eficaz. El verdadero nombre del Rey Ludd fue Swing.”³⁰

²⁷ *Ibíd.*, p. 215-216

²⁸ *Ibíd.*, p. 223.

²⁹ G. Rude, *op. cit.*, p. 162; E. Hobsbawm y G. Rudé, *op. cit.*, p. 287.

³⁰ E. Hobsbawm y G. Rudé, *op. cit.*, p. 328.

ALCANCE Y SENTIDO DE LA REBELIÓN LUDITA

La emergencia de los luditas fue una expresión del enfrentamiento entre dos tipos de economía política, la del naciente capitalismo, y la de los trabajadores y artesanos. La primera reivindicaba la “libertad” del capitalista para destruir los oficios, utilizando todos los medios, entre ellos la introducción de maquinaria, la implantación del sistema fabril, el control y la disciplina laboral y la generalización de la competencia para abaratar costos, reducir precios y socavar los niveles de calidad del trabajo de los artesanos. En contraposición, la economía política de Ned Ludd y del Capitán Swing reivindicaba el precio justo, el salario adecuado, el buen trabajo, el uso del tiempo en concordancia con las necesidades y sentir de los trabajadores, en pocas palabras, el mantenimiento de la autonomía y el control del mercado de trabajo.

“Desde este punto de vista, el ludismo puede considerarse como una erupción violenta del sentimiento contra el capitalismo industrial desenfrenado, que rememora un código paternalista anticuado, y se ve legitimado por las tradiciones de la comunidad trabajadora”.³¹

Lo que los luditas estaban poniendo en marcha era otro código ético, que caracterizaría a la clase obrera durante los siglos XIX y XX, y en el cual sobresalía la solidaridad, la acción directa, el sabotaje, tácticas empleadas para alcanzar las reivindicaciones de los trabajadores. Estas tácticas de lucha servían tanto para presionar a los patronos como para asegurar la solidaridad de los obreros. El peligro que representaban los luditas para el capitalismo radicaba en su cuestionamiento del progreso técnico desde un punto de vista moral, que rechazaba la lógica del lucro, de la competencia permanente y de la innovación sin freno para aumentar las ganancias. En breve, los luditas buscaban desviar la dinámica de la industrialización acelerada que se estaba imponiendo en Inglaterra a comienzos del siglo XIX.

Un funcionario francés que había perseguido a los luditas de ese país afirmaba en 1839: “Para mí mismo, puedo extraer algunos buenos

³¹ E. Thompson, op. cit., p. 125.

consejos de los escritos de Adam Smith y el Sr. Say, pero por el momento no han dado ni pan ni trabajo”.³² Esta afirmación resumía muy bien el sentido profundo de la lucha de los luditas, que se enfrentaba no tanto a las máquinas, sino a la nueva economía política del *Laissez Faire*. Esto debe resaltarse, porque casi siempre se oculta, para quedarse con la destrucción de los artefactos, como si eso fuera algo absolutamente irracional. La cuestión cambia si, por el contrario, se recalca la cuestión del enfrentar una economía política que estaba destruyendo las pequeñas economías de campesinos y artesanos, que generalizaba oprobiosas condiciones de trabajo y de vida, que destruía la especialización productiva, que incorporaba a la industrialización a una gran cantidad de niños y mujeres para reemplazar a los hombres adultos para pagarles bajos salarios y ahorrar costos, que creaba ciudades contaminadas en las que funcionaban fábricas de la muerte, en las que operaban maquinas que aumentaban la explotación y la expropiación de saberes y tradiciones... Si se consideraba todo esto, propio de la racionalidad irracional de la economía política del *Laissez Faire*, estaba claro que los luditas tenían una perspectiva suficientemente clara de lo que enfrentaban y, sobre todo, de lo que perdían. Porque estaban defendiendo un estilo de vida y de cultura, en el cual predominaba la economía moral de la multitud, el valor de uso sobre el valor de cambio, la reciprocidad y ayuda mutua sobre el egoísmo y la competencia individual, sus costumbres y tradiciones en el manejo del tiempo, la preservación de saberes ancestrales que se habían conservado intactos durante varias generaciones, la estabilidad laboral y la subsistencia. En pocas palabras, estaban defendiendo el pan y el trabajo.

La nueva economía política se basaba en la lógica de obtener mayores ganancias, con la reducción concomitante de los salarios y de los costos de producción hasta el límite de lo tolerable. En ese contexto, las innovaciones tecnológicas se convirtieron en un complemento indispensable, porque suponían mayores rendimientos, salarios más bajos, aumento de la productividad, control y disciplinamiento de los trabajadores. Contra todo esto se levantó el ludismo, que fue una

³² Vizconde Alban de Villeneuve Bargemont, *Économie Politique chrétienne*, citado por Frank E. Manuel, op. cit. p. 55.

respuesta de un importante sector de los trabajadores ante unos cambios brutales, impuestos desde arriba, y que impactaban de manera negativa todos los aspectos de su vida y de su trabajo. Por ello, “el ludismo era un intento de los trabajadores de ejercer algún control sobre los cambios que sentían que básicamente iban en contra de sus intereses y de su modo de vida. Se trataba de una protesta, en una época anterior a la existencia de ningún tipo de movimiento sindical, contra las nuevas formas de contabilidad, esquemas de concesión de empleo, ritmos laborales y disciplina industrial”.³³

La resistencia de los luditas era bastante racional, tuvo un fuerte apoyo entre los trabajadores de su tiempo e incluso fue exitosa en la medida en que condujo a una reflexión y toma de conciencia política por parte de los trabajadores con relación a la explotación capitalista, como se evidenció años después con las primeras luchas sindicales del proletariado en Inglaterra y en otros lugares del mundo. Los luditas no se enfrentaban a la tecnología en sí misma, lo cual entre otras cosas es imposible pues no existe una tecnología al margen de la sociedad como si fuera un producto externo caído del cielo o algo por el estilo. No, a lo que ellos se enfrentaban era a los cambios sociales que producía la nueva tecnología. Como lo explica David Noble, los luditas “luchaban más bien contra los esfuerzos del capital que utilizaba la tecnología para reestructurar las relaciones sociales y los modelos productivos en perjuicio de los trabajadores”.³⁴

Por eso, ellos no eran prisioneros del progreso tecnológico, una idea desmovilizadora y paralizante, puesto que lo que intentaban era detener la amenaza que para sus vidas significaba la introducción del capitalismo, que se valía de las máquinas para expropiarlos y someterlos a nuevas formas de explotación y de control laboral y vital. Conscientes de lo que defendían y de lo que perdían, “a la hora de escoger entre las máquinas y las personas o más concretamente, entre las máquinas del capitalista y sus propias vidas, no tenían muchos problemas para elegir lo que era más importante”, lo cual quería decir que ellos nos estaban preocupados por el progreso técnico

³³ Kevin Robins y Frank Webster, “El luddismo: la nueva tecnología y la crítica de la economía política”, en Frank. E. Manuel et al, op. cit, p. 72.

³⁴ D. Noble, op. cit., p. 11,

en abstracto.³⁵ Los luditas no actuaban en forma espontánea e indiscriminada, esto es atacando cualquier maquinaria que se les presentara en el camino, sino que sus blancos eran escogidos con gran cuidado, dado que sólo se atacaban las máquinas de los patrones que vendían a precios inferiores a los estipulados, cuyas telas fueran de ínfima calidad con respecto a las que producían los obreros y artesanos.

En sentido estricto, los luditas no se rebelaron contra la máquina en sí misma, sino contra la transformación de las relaciones sociales, en la cual la mecanización era un elemento complementario, pero no el único ni el más importante. El ludismo se constituyó en una respuesta política y moral de los trabajadores para enfrentar a las fuerzas del capitalismo interesadas en destruir las relaciones sociales de tipo tradicional en que se desenvolvía su existencia. Los trabajadores tenían que



defender su forma de vida, con su propia moralidad, de los embates destructivos del capitalismo industrial, porque la economía política del General Ludd se constituyó en una moral alternativa al *laissez faire*, si se considera que “el ludismo surgió en el punto crítico de la revocación de la legislación paternalista, y en el momento de la imposición de la economía política del *laissez faire* sobre, y contra la voluntad y la conciencia de, los obreros”³⁶.

Defendían la tradición y la ley, los derechos de los artesanos y de los oficios, en últimas una forma de vida. Su oposición a las máquinas simbolizaba algo de más hondo calado, como era su rechazo al sistema fabril. “La brecha que existía, en cuanto a posición social, entre un “empleado”, un trabajador asalariado a jornal sujeto a las órdenes

³⁵ *Ibíd.*, p. 12

³⁶ E. Thompson, *op. cit.*, p. 117.

y la disciplina del patrono, y un artesano, que podía “ir y venir” a su gusto, era bastante grande para que los trabajadores vertiesen sangre antes de permitir que les empujaran de un lado al otro de la misma”.³⁷

Un elemento esencial en la lucha de los luditas estaba relacionado con la expropiación de saberes y de profesiones, como fue el caso de los tundidores y los cardadores, que tenían fama de ser independientes, rebeldes y de controlar su tiempo y su propio trabajo. Estos trabajadores eran los más golpeados por la introducción de la maquinaria, en la medida en que desvalorizaba su trabajo, les hacía perder la autonomía y los convertía en trabajadores subordinados y sometidos al control y al despotismo del capital. Una publicación de la época captó en forma precisa el sentido de la lucha de los luditas:

“Las máquinas, o telares... no se rompen porque sean de nueva construcción... sino porque en ellos se fabrican productos de mala calidad, que son engañosos a la vista, desprestigian el oficio y, por lo tanto, llevan consigo la semilla de su destrucción”.³⁸

El ludismo indicaba un momento de transición, porque, “por un lado, miraba hacia atrás, hacia unas viejas costumbres y una legislación paternalista que jamás podría revivir; por otro lado, intentaba resucitar antiguos derechos con el fin de establecer nuevos precedentes”. Entre las demandas que lo caracterizaron cabe mencionar la exigencia implícita de un “salario mínimo legal; el control de la “explotación” de las mujeres y los jóvenes; el arbitraje; el compromiso, por parte de los patronos, de encontrar trabajo para aquellos trabajadores cualificados que hubiesen perdido su puesto de trabajo debido a la maquinaria; prohibición de la producción de ínfima calidad; el derecho a la organización legal de trade unions”. Consideradas en forma global, “estas demandas miraban tanto hacia adelante como hacia atrás; y contenían en su seno una imagen indefinida, no tanto de una comunidad paternalista, como democrática, en la que el crecimiento industrial se regulase de acuerdo con prioridades éticas y la búsqueda del beneficio estuviese subordinada a las necesidades

³⁷ *Ibíd.*, p. 122.

³⁸ Citado en E. Thompson, *op. cit.*, pp. 103-104.

humanas”.³⁹ En concreto, “las luchas de los artesanos contra las innovaciones capitalistas que amenazaban su sustento y su posición social señalan un tipo de crisis especial: un momento de conflicto entre el capitalismo triunfante del *laissez-faire* y las antiguas ideas de una economía social o ‘moral’”.⁴⁰

La composición social de los rebeldes, es decir, su extracción de clase, indicaba claramente que los luditas incluían pasado y futuro, constituían una “divisoria de aguas” entre dos épocas, íntimamente relacionadas, porque participaron demócratas, painistas (seguidores de Tom Paine), religiosos radicales, herederos de sectas del siglo XIX, como los niveladores (*levellers*), los primeros organizadores de tradeuniones, emigrantes irlandeses, y pertenecientes a los más diversos oficios, como tejedores, herreros, carpinteros, pequeños comerciantes, zapateros, relojeros, obreros agrícolas, entre los que, a su vez, habían braceros, segadores, guadañeros, ordeñadores, pastores, esquiladores, carreteros, cargadores, palafreneros, domadores de caballos, mozos de cordel, sirvientes, picapedreros, horticultores, albañiles y desocupados.

LOS LUDITAS Y EL PRESENTE

Cualquier persona que lea estas páginas puede estarse preguntando con toda razón, si tiene algún sentido evocar, como lo hemos hecho en este escrito, la acción y lucha de los luditas, porque a primera vista no valdría la pena reconstruir un movimiento que fue derrotado hace dos siglos y que, en apariencia, no dejó ninguna influencia perdurable que pueda ser defendida en el día de hoy.

Para empezar, si incluso fuera cierto que el ludismo fue completamente derrotado habría que decir que resulta muy importante diferenciar entre derrota y fracaso, pues lo primero indica que aunque una batalla o una guerra, para utilizar un símil militar, se haya perdido, si eso no ha venido acompañado de un cambio significativo, por parte de los ganadores, de las condiciones que propiciaron las luchas

³⁹ E. Thompson, op. cit., pp. 126-127.

⁴⁰ J. Rule, op. cit., p. 19.

perdidas por los que resultaron vencidos en esa contienda, el reinicio de la lucha se dará tarde o temprano. Fracaso es algo diferente, que apunta a señalar que una experiencia determinada en la historia se ha demostrado inviable y ya no podrá volver a presentarse.

En segundo lugar, incluso desde el punto de vista histórico es imprescindible, siguiendo las recomendaciones de Walter Benjamin, iluminar el presente con las luchas del pasado y no dejar que ni siquiera en el terreno de la interpretación histórica los vencedores sigan venciendo, aniquilando toda la carga emancipatoria que yacía, y yace, en las acciones de los que lucharon y murieron de pie, como le sucedió a los luditas. Además, en la revalorización de una imprescindible crítica al progreso el estudio de la experiencia de los luditas es necesario, porque ese movimiento, como expresión de la primera revuelta de la humanidad proletarizada en la sociedad capitalista, no fue comprendido ni por la mayor parte de los historiadores ni por los revolucionarios, los de aquella época y los de ahora, por la sencilla razón que los trabajadores luditas fueron etiquetados como reaccionarios y enemigos del progreso. Eso explica que hasta el propio movimiento obrero y sus organizaciones sindicales y políticas los hayan olvidado por completo.

“Se puede decir, pues, que esa incompreensión del luddismo por parte del movimiento obrero, fruto de la aceptación de la noción burguesa del Progreso, no es sino una manera de hacerse patente la dominación formal, ideológica, del proletariado por el Capital”.

El efecto más desastroso, que hoy pesa sobre las organizaciones de los trabajadores, consistió en que “el movimiento obrero se hizo “progresista” y, en líneas generales, liquidó la memoria histórica luddita para adoptar el punto de vista dominante de la neutralidad de la tecnología”. Por ello, se asumió que solamente había que arrebatarse los medios de producción a la burguesía “para ponerlos al servicio de la clase trabajadora, pues las máquinas no son malas en sí mismas, sino que dependen del uso que se haga de ellas. Reformista o revolucionario, el movimiento obrero participó de este, digamos, fundamental prejuicio ideológico a lo largo del siglo XX”. Con esto se quiere enfatizar que uno de los prejuicios más duraderos y dañinos que hoy predominan es el de sostener que la tecnología es neu-

tral. Por ello, la profundización en la crítica a la “neutralidad de la tecnología” y al reduccionismo que comporta considerar las máquinas como meros artefactos o medios físicos de producción, ha abierto nuevas vías de comprensión del fenómeno tecnológico y, en consecuencia, de la respuesta ludita. La visión cosificada de las máquinas sobre la que se basa la “neutralidad de la tecnología” oculta la dimensión social, política, cultural, civilizacional, en fin, que la máquina o artefacto representa. La máquina materializa una relación social y, por ello, la maquinaria, la tecnología, constituye un sistema cuya lógica interna es inseparable de la sociedad en la que se instaura.⁴¹

En esta dirección, “algunos historiadores e investigadores han rescatado a los luditas del olvido para otorgarles una nueva significación histórica, esta vez, sin los prejuicios heredados de la ideología del Progreso”, con el objetivo de “abordar el luddismo bajo una nueva perspectiva, de acuerdo con el desarrollo actual de la crítica de la sociedad industrial y la ideología del Progreso”. En última instancia, esto es posible porque se ha propuesto otra forma de enfocar la tecnología, ya que “a la luz de los estragos de la sociedad industrial y de las supercherías y aberraciones perpetradas en nombre de la ideología del progreso, la actitud ludita cobra un nuevo significado, tanto en lo que se refiere a la consideración de sus experiencias en el pasado, como a su actualidad”.⁴²

En tercer lugar, y este es la cuestión decisiva, el ideario ludita es hoy más actual que nunca, aunque se suponga lo contrario, por el predominio de la razón instrumental y el culto a la tecnología, que se ha hecho dominante en nuestro tiempo, y por los innegables problemas que ha originado la generalización de las tecnologías, entre los que sobresalen, para sólo citar dos casos emblemáticos, lo sucedido con el derrame de petróleo en el Golfo de México en el 2010 y lo acaecido en Fukushima, Japón, con el desastre nuclear en el 2011. A este respecto, resulta conveniente la siguiente afirmación:

⁴¹ El desarrollo de la industrialización y sus resistencias: una introducción a la historia del luddismo, en www.bsquero.net/.../el-desarrollo-de-la-industrializa...

⁴² *Ibíd.*

Limpiar el nombre del Ned Ludd no es simplemente un ejercicio de nostalgia de la clase obrera. Es una manera de limpiar nuestras propias cabezas y centrarnos en el momento crucial en que los valores de la subordinación real y las necesidades consumísticas creadas están encarnados en las opciones tecnológicas del capital. Tenemos que pensar estratégicamente sobre cómo recuperar el control de ese momento de priorización, de conformación de los objetivos de los artefactos humanos. ¡Vuelve, General Ludd! No todo está perdonado por ellos ni olvidado por nosotros. Ha llegado la hora de actualizar tu estrategia y de hacer que despierten tus insolentes ideales.⁴³

De manera concreta, se trata de indagar si el ideario ludita tiene algo que decirle a nuestro presente histórico. Para ello, hay que recordar que la acción de los luditas defendía un modo de vida que se veía atacado y destruido por la introducción de artefactos tecnológicos, lo cual generaba desempleo, reducción de los ingresos familiares por la caída de los salarios, pauperización, destrucción de conocimientos y saberes especializados, liquidación de oficios y profesiones, un mayor control y disciplinamiento por parte de los capitalistas y la destrucción de cierto tipo de comunidad obrera.

Ahora, la cuestión es todavía peor que en la época de los luditas, porque hace dos siglos la innovación tecnológica influía de manera exclusiva en la vida laboral –aunque eso afectara de manera directa e inmediata todos los ámbitos de la vida de los artesanos–, mientras que en estos momentos la tecnología afecta a la sociedad en su conjunto, porque el capital se ha apoderado de todo, lo que se puede llamar la “subsunción de la vida al capital”.

Desde la perspectiva actual, se hace necesario comprender al ludismo como un movimiento popular, obrero y artesanal, que esbozó una racionalidad diferente a la razón técnica e instrumental que portaba consigo el capitalismo industrial. La racionalidad de los luditas se basaba en la experiencia común y compartida de hombres y mujeres, que defendían sus oficios, tradiciones, costumbres y formas de producir y disponer de su tiempo, todo lo cual estaba siendo expropiado por el capitalismo. En pocas palabras, lo que se estaba gene-

⁴³ Kevin Robins y Frank Webster, op. cit., p. 115.

rando era una expropiación brutal de los principios de comunidad y de los conocimientos que le eran propios por parte del capitalismo, mediante el empleo de las máquinas.

Contra esa expropiación se rebelaron los luditas y cuando lo hacían se sublevaban contra la sociedad capitalista, que tiene en sus máquinas y en su sistema tecnológico uno de sus soportes esenciales. Al destruir las máquinas no se estaban enfrentando de manera irracional a unos artefactos técnicos sino a la materialización práctica de la lógica del capital, despótica y opresiva, que se contraponen a la comunidad de hombres y mujeres libres. Desde esta perspectiva, “los luditas dejan de aparecer como las masas enloquecidas e incapaces de entender el sentido de la Historia, para presentarse, precisamente, como una forma de conciencia de la Historia beligerante contra la Historia dominada por el capital y sus implicaciones prácticas, reales, sobre sus vidas”. Situadas las cosas en este ángulo analítico, la derrota de los luditas, que no su fracaso, durante la Revolución Industrial significó un doble triunfo de la burguesía y el capitalismo: el desarrollo industrial y la ideología del progreso, presentada como una verdad natural e incuestionable, y asumida de manera acrítica por los propios trabajadores.⁴⁴

En última instancia, los luditas no se enfrentaban sólo a codiciosos fabricantes sino a la violencia técnica de la fábrica. Esto no quiere decir que los luditas renegaran de toda la tecnología, sino de aquella que constituía una agresión y un daño a la comunidad y por eso cuando atacaban las máquinas lo hacían de una manera bastante precisa: no rompían sus propias máquinas sino aquellas que eran propiedad de patronos que producían objetos de mala calidad, a bajo precio y que pagaban los peores salarios.

En suma, se enfrentaban en la práctica y con tácticas insurreccionales a la economía política triunfante, y a todo su cortejo de miseria y expropiación que se originaba en la concentración de medios y gentes en las fábricas y en las ciudades industriales, junto con la contaminación y la destrucción de aldeas artesanales y campesinas, la descomposición de las comunidades, jornadas extenuantes e inter-

⁴⁴ El desarrollo de la industrialización y sus resistencias... op. cit.

minables de trabajo, generalización de la explotación de mujeres y niños. Los luditas defendían su modo de vida, su autonomía e independencia, todo lo cual estaba siendo arrasada por la imposición del “progreso técnico”. Esto no quería decir que los luditas viviesen en el paraíso, pero si en una sociedad que les permitía mantener sus tradiciones, costumbres, y formas de producción y trabajo, que les permitía vivir relativamente bien, pero el cambio forzoso a que los conducía el capitalismo destruía sus formas ancestrales de existencia y los arrastraba a una vida indigna y miserable. Era el paso de la seguridad de su propio modo de vida, a la inseguridad absoluta del trabajo asalariado, en el cual ni siquiera la supervivencia física de ellos y sus familias estaba garantizada.

Los luditas, el último de los cuales fue ajusticiado en la década de 1830 en tiempos de la revuelta del Capitán Swing, nos siguen haciendo preguntas inquietantes, que hoy son difíciles de eludir, aunque poco se tenga conciencia de ellas: ¿No existe ningún tipo de límite a la innovación científica y tecnológica? ¿Deben descartarse a nombre del progreso los efectos perversos de las modificaciones tecnológicas, aun cuando destruyan a los seres humanos y a la naturaleza? ¿Si los inventos de la tecnociencia afectan la forma de vida y de trabajo de las comunidades se les debe aceptar de manera pasiva? ¿Sólo se deben aplaudir las consecuencias benéficas de la técnica sin fijarnos en las catástrofes que originan? ¿Las comunidades tienen algo que decir sobre los inventos y máquinas?

¿Una crítica moral a la tecnociencia sigue siendo necesaria, en medio de la parafernalia economicista y tecnocrática que nos domina, como en la época de los luditas?

Si dejamos de lado los prejuicios concernientes al saber técnico como algo superior, que es la razón de ser del pensamiento tecnocrático, es justo reconocer que los luditas percibieron de manera clara y aguda las consecuencias negativas de las innovaciones técnicas en el mismo momento en que tomaba vuelo el capitalismo industrial. Su planteamiento sobre las máquinas rebasaba lo meramente técnico y era colocado en el ámbito político y moral, porque en el fondo ellos sabían que “no se estaban enfrentando solamente a codiciosos fabricantes de tejidos sino a la vigencia técnica de la fábrica. Futuro ante-

rior: pensaron la modernidad tecnológica por adelantado”.⁴⁵

En nuestros días, cuando son evidentes los límites del capitalismo y sus formas técnicas y productivas, los alcances restringidos del progreso y la destrucción ambiental “como elemento estructural y funcional del sistema tecnológico”, los luditas emergen “como los lúcidos precursores de una crítica de la sociedad capitalista emergente que, perdida o menospreciada en la tradición política de la izquierda, exige una urgente actualización para superar el actual estancamiento intelectual de la crítica, pero también para enfrentar –y detener- este progresivo deslizamiento hacia el abismo”.⁴⁶ En nuestro tiempo, la cuestión es más urgente que en la época de los luditas, porque éstos sabían por qué luchaban y que defendían:

La diferencia entre los obreros luditas y los modernos esclavos de la técnica reside en que aquellos tenían un modo de vida que salvar, amenazado por las fábricas, y constituían una comunidad, que sabía defenderse y protegerse. Por eso fue tan difícil acabar con ellos. La represión dio lugar al nacimiento de la policía inglesa moderna y al desarrollo del sistema fabril y del sindicalismo británico, tolerado y alentado a causa del luddismo. La andadura del proletariado comienza con una importante renuncia, es más, los primeros periódicos obreros -cito a L'Artisan, de 1830- elogiarán las máquinas con el argumento de que alivian el trabajo y que el remedio no está en suprimirlas sino en explotarlas ellos mismos.⁴⁷

Aunque los luditas fueron derrotados, algunos de ellos fueron vistos veinte años después en la fundación de las primeras organizaciones de la clase obrera y otros dejaron algunas huellas en Australia y Polinesia, a donde habían sido deportados. Medio siglo después de su gesta, Ben, un viejo ludita, le manifestó a unos historiadores del Condado de Derby: “Me amarga tanto que los vecinos de hoy en día malinterpreten las cosas que hicimos nosotros, los luditas”. Según Ferrer, “¿Pero cómo podía alguien, entonces, en plena euforia por el

⁴⁵ *Ibíd.*

⁴⁶ *Ibíd.*

⁴⁷ Miguel Amorós, ¿Dónde estamos? Algunas consideraciones sobre el tema de la técnica y las maneras de combatir su dominio, en reflexionrevuelta.wordpress.com/.../miguel-amoros-¿donde

progreso, prestar oídos a las verdades luditas? No había, y no hay aún, audición posible para las profecías de los derrotados. La queja de Ben constituyó la última palabra del movimiento ludita, a su vez eco apagado del quejido de quienes fueron ahorcados en 1813”.⁴⁸

Dos siglos después, el espectro de los luditas, que fueron ahorcados a nombre del progreso técnico del capitalismo, se vuelve a hacer presente en nuestra vida cotidiana con una inusitada fuerza, porque tras los trabajadores que murieron en una plataforma petrolera en junio de 2010 en el Golfo de México o de los “liquidadores” (trabajadores suicidas) de Fukushima se revela todo el sentido genocida y ecocida de la moderna civilización capitalista, y su aparato tecno industrial, que ya no afecta sólo a algunas comunidades de trabajadores sino a la mayor parte de la humanidad. Por eso, los luditas están presentes en nuestro mundo de una manera sorprendentemente actual. ■

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2014
©

⁴⁸ C. Ferrer, op. cit., pp. 92 y 93.